

Las generaciones y la historia

(Continuación)

Apartándose, empero, de las líneas generales hasta aquí trazadas, y viendo el problema de una manera más detenida y según lo expuesto hasta aquí, es posible distinguir tres tipos de generaciones—que, conviene no deben ser tomados como absolutos, pues hay entre ellos una infinidad de matices—cuyas características describiremos separadamente. Estos tipos no siempre se suceden, a veces coexisten, o bien se interfieren en reacciones de tipo negativo, como en el caso ya expuesto del Egipto del siglo XII.

LAS GENERACIONES Y LA HISTORIA

I. Un primer tipo que puede distinguirse es la generación pasiva propiamente tal, la cual acata el pasado y permanece fielmente adicta a él durante todo su ciclo vital (2) en todos sus aspectos y se opone fieramente a cualquiera modificación a ellos.

Pero dicho en una forma más perfecta es ésta una antigua generación cava (III) que ha logrado sus ideales y que ahora se dedica “a dormir sobre sus laureles” y que solamente se esfuerzan por mantener lo que ha sido logrado por ellos, sin tratar de superarlo; pero los que así proceden son generalmente los que siempre van a la deriva y que solamente se dedican a aprovechar de los beneficios que otros les han reportado y que tampoco han intervenido de una manera decisiva en las luchas de sus antepasados inmediatos que son quienes han llegado hasta ese grado de la evolución histórica. Esta generación cree que ha alcanzado la meta y que ha podido realizar todas las posibilidades humanas y culturales; admite, accidentalmente, el progreso de algunos detalles, que no perjudique en este progreso al conjunto; como, por ejemplo, en la actualidad, el liberal tradicionalista cree que en el progreso de la técnica,

en el aumento de tamaño de los aviones y de los transatlánticos lo cual interpreta ingenuamente como el “progreso de la humanidad”, en la extensión del voto a las mujeres y a los humildes de la sociedad, la instrucción general, y cuando son medios intelectuales se dedican a hacer profesías a lo Wells. (Formas degeneradas de estas creencias sobre el progreso son algunas profesías de aquellos que provienen de la ciencia, “Bertrand Russell”. “El Panorama científico”, parte III, y “El porvenir de la ciencia”, (Revista de Occidente, N.º XV); I. C. S. Schiller, “Tántalo o el futuro del hombre”; H. B. Haldane, “Calínico”, etc.). Tal es, por ejemplo la idea que del moderno burgués filisteo y utilitario, tipo Babbit, tiene del progreso, lo interpreta como un mero adelanto de la técnica. Lo vital y lo cultural no tiene porqué progresar, no debe transformarse, sino perfeccionarse dentro de su propio y estrecho marco; tal es la idea del burgués moderno expresada en pocas palabras. Otra clase de este tipo la muestra cierta generación de científicos que creen en la posibilidad de una sociedad regida por la ciencia perfeccionada (la cual asimilan con las matemáticas) y en la subordinación de toda la vida a las normas de la ciencia (a este tipo pertenece B. Russell). (Cf. el libro de Alexis Carrel; “L’Homme, Cet inconnu” en donde se traza la estructura poco alentadora de la sociedad regida por la “ciencia exacta” en el sentido del ideal científico moderno y de los años que semejante estructura puede producir).

El siglo XIX en la época de la subida de Napoleón al trono de Francia hasta 1835 aproximadamente presenta esta estructura de generación pasiva. Entonces había triunfado definitivamente el romanticismo en todas las esferas de la cultura y así el imperialismo mismo de Napoleón no es sino una forma encubierta de romanticismo, a pesar de que algunas de sus reformas políticas hayan significado una reversión de los principios de la revolución francesa que sustentaba en un principio; pero solamen-

te en esta forma podía realizar sus ideales de militar romántico; en otros países entre tanto se aspira secretamente a unos marcos ya dados en Francia la cual se opone a dichos marcos. Las revoluciones se suceden a partir desde 1827, no hace sino repetir el esquema dado expulsar totalmente los residuos del "ancient régime" en los otros países de la Europa, pero en manera alguna son una rebelión de una generación en frente de la otra. En aquella época los Estados se habían encerrado dentro de sí mismos, los artistas románticos no hacían sino repetir buena o malamente aquello que ya habían presentido y por lo cual habían luchado en el siglo XVIII y principios del XIX Rousseau, Bernardin de Saint Pierre, Goethe y Schille, Wordsworth, Gluck, Beethoven. Entretanto en Sud-América todos los pueblos se habían rebelado contra el yugo de los españoles y pugnaban por independizarse, pero al lograr este ideal no hacían sino repetir con algunas ligeras modificaciones la estructura que ya le habían dado los europeos. Lo que caracteriza a la generación de esta época, aún dentro de su relativa movilidad, es la estatiquez, y todos sus movimientos no son sino meras "réprises" de otros anteriores en donde solamente se cambiaba de escenario. Se caracteriza esta época por el afán de consagrar lo ya logrado por la generación anterior y por el cual esta había luchado denodadamente. Otra época de este carácter dentro del siglo XIX es el período que va de 1850 a 1890; en 1890 comienza el movimiento modernista cuyas mallas se han extendido hasta la actualidad encontrándose ahora a principios de la segunda etapa, o sea la de generación activa. Otro ejemplo de la tradición medieval, de las prácticas ascéticas, lo cual se oponía al movimiento de los humanistas y al principio del renacimiento artístico y fulminaba la transmutación de los valores que se revelaban en la licenciosidad de las costumbres en aquella época; en este caso puede verse como un "pasado" coexiste con un presente que es esencialmente renovador, pero que no consiste, como creen algunos literatos antimievales en una "resurrección de los dioses".

Yendo a la antigüedad encontramos una generación de este tipo en Grecia durante

el siglo XIII. Así Hesiodo habla de la mala situación del campesino, pero no dice que ésta pueda solucionarse por medio de una reforma, sino por medio de la intervención de los dioses que "vigilan a los hombres". Pero en la antigüedad el caso mejor de este tipo es el de Esparta; allí, un representante de la tradición doria, el égora Chilón, creó un medio ingenioso — de todos conocido — para perpetuar "eternamente" el pasado, creó una reforma social que atribuyó a un personaje mitológico que tal vez no haya existido nunca. Pero, a pesar, de todo no logró realizar en forma absoluta su ideal, porque ya a principios del siglo V la Esparta había variado en parte (esto es medio siglo después de tal reforma que fué realizada a mediados del siglo VI). Lo mismo acontece con el Egipto de Ramsés II, otra generación pasiva domina ahí a perpetuidad.

Suele acontecer también que las instituciones del pasado, los hombres que se sirven de tales instituciones y las ideas en que se fundan se reúnan en una trinidad esencial para oponerse a las ideas del futuro, como sucedió en Italia en las luchas de los guelfos que representaban el poder del rey — esto es lo que se hallaba ya muy próximo: el absolutismo —, y los gibelinos que representaban el poder de la iglesia, o sea la tradición medieval, quienes no consentían que al Papa se le quitase su poder "temporal", es decir su influencia en el concierto de las naciones europeas de entonces. Otro ejemplo de este tipo se da en un período del Egipto a fines del III milenario, durante el gobierno de la XI dinastía época en la cual se produce una furiosa lucha de clases, cuyos colores sombríos recuerdan los documentos faraónicos, pero después de largos años de anarquía y de obscuridad, se vuelve a la tranquilidad y a todas las instituciones del pasado con ligeras transformaciones de carácter político-social y este el período llamado de "los reyes legistas."

Por medio de este tipo de generaciones se hace posible el establecimiento de ciertos caracteres culturales que son más duraderos que los otros, se perpetúan ciertos modos de expresión, ciertas formas del ser como las instituciones económicas y políticas y estos contenidos objetivos de estas formas pueden por esta causa sobrevivir constantemente a los pueblos y a las razas en terrenal inmortalidad. Solamente por

ellas es posible la evolución en el sentido de la planificación de una cultura como también en el sentido de la declinación, y sobre todo se refleja la necesidad de este tipo en las épocas de crecimiento, tales como las que siguen al primer germen de cultura en formación, sólo por ellas se hace posible el avance ya que ellas le sirven sustentáculos necesarios.

II. Pero la humanidad no ha de permanecer siempre estancada, ha de movilizarse siempre, pero nunca en un mismo sentido del progreso, como cree el racionalismo histórico. Esto sólo puede ser realizado por un tipo de generación que sea distinto al anterior y este es el que se llama "generación ideológica" que prepara el campo para otro tipo de generación que es quien realiza la obra renovadora activa. Este tipo de generación ideológica convive casi siempre con la primera sin experimentar grandes quebrantos. Solo en condiciones anormales suele oponerse la generación antigua a la nueva ideológica, así en la Edad Media se ven entablarse continuos procesos en contra de los sabios, de los alquimistas que buscaban una concepción del mundo que no fuera la puramente teológica.

Por los ejemplos ya dados en el transcurso de este ensayo ya puede colegirse que es posible en absoluto toda acción revolucionaria genuina sin que exista lo que pudiera denominarse una preestructura ideológica — aquí se usa la palabra revolución en su sentido más amplio, no solo el político y social, sino que también el artístico, filosófico o científico —, y estas ideas no son aquellas que los "idealistas" esbozan en sus libros, sino que son ideas en cuya formación interviene secretamente la sociedad (sobre las ideas y la sociedad, las relaciones que hay entre ellas, cf. "Sociología del Saber" de Max Scheler.), y que se forman por extraños e inaprehensibles procesos dentro de ésta. Pero estas ideas, y se hace necesario repetirlo una vez más, no hacen de situaciones económicas adversas, ya que muchas veces se ha visto en la historia que condiciones económicas distintas producen resultados culturales iguales y condiciones iguales producen resultados distintos. Todo lo cual nos indica que la historia es integral, — pues solo esa es la verdadera historia; lo demás es mera acumulación fechada de datos — no debe abarcarse de un sólo punto de vista dentro de ella, punto

de vista que siempre es escogido caprichosamente y que guarda siempre cierta rara afinidad con las preferencias del autor que trata de "penetrar" en la historia. Las más de las veces lo económico — la teoría más socorrida actualmente — produce resultados inmediatos y nunca profundos y ello no aclara los aspectos esenciales del devenir histórico, sino en algunos casos especialísimos en que debido a condiciones muy particulares se hace posible la aplicación de la teoría económica. Lo que se pretende aquí al atacar al materialismo histórico no es negar la importancia que tiene lo económico en la historia — importancia que es innegable — sino reducir esa importancia a su justa medida y evitar todo pleonexismo, todo afán egocéntrico de determinar la historia en beneficio de tales o cuales teorías sociales o políticas, como lo hizo Marx. Lo económico juega un rol importante en la historia, pero no preponderante; pero no es que lo económico sea importante, sino que el mismo se halla determinado a su vez por otros factores que no son económicos, pues el devenir histórico es una unidad perfecta, en que nada puede moverse sin el auxilio de todos los otros sectores, cosa análoga a la que ocurre en los seres vivos muy diferenciados en donde la perturbación de una parte del cuerpo trae perturbaciones a todo el resto no perturbado desde fuera. Pero basta por ahora del materialismo histórico y veáse en que consiste y cómo labora la generación ideológica.

Se dijo ya que la generación ideológica pasiva tenía la tendencia a enquistarse en sus logros, en lo que una generación anterior había logrado mediante una ardua lucha y ahora esta generación trata de imponer estos marcos, estas estructuras a sus descendientes, pero éstos a las largas se hacen demasiado estrechos y terminan por perincilitarse tomando formas extrañas que hacen posible toda una serie de anomalías antes no percibidas contra las cuales reaccionan las generaciones ideológicas. El hombre es, por esencia, distinto de los simios, por cuanto puede concebir una infinita serie de nuevas posibilidades vitales en las cuales desenvuelve otros tantos nuevos modos de actividad y puede resolver sus situaciones mediante el intelecto. Pero no se crea que sólo el hombre posee inteligencia. Así Kohler ha hecho una se-

rie de estudios en chimpancés cautivos en su estación experimental de Tenerife y ha formulado la idea basado en una multitud de hechos demostrativos, que en el chimpancé existe una inteligencia bastante desarrollada, ya que, por ejemplo, son capaces de resolver circunstancias que son distintas a las habituales, es decir aquellas que pueden ser resueltas por el instinto y que en este caso no pueden ser subsanadas por éste, necesitándose para ello de la inteligencia en la forma especial que existe en los animales y que se llama inteligencia práctica. Pero esto solamente, observa luego el autor, sólo puede ser realizado por los monos aislados; así si se encierran a dos en la misma jaula ninguno de ellos hace nada por resolver la nueva situación: parece que estuviera esperando que el otro obrara para obrar él también. Un caso parecido sucede a las generaciones pasivas cuando se llega a cierto grado de su evolución histórica, y entonces falta un individuo aislado que surja de entre la masa y encuentre un nuevo medio de resolver la situación que no solamente puede ser política o económica, sino que también puede serlo, y debe serlo, religiosa, artística, científica o filosófica. En este sentido la diferencia entre el hombre y el mono sería nula, ya que todas estas situaciones pueden resolverse de una manera "práctica" o "teórica" ("práctica" significa en este caso actividad en el sentido de la innovación), y es precisamente la inercia mental del hombre en sociedad la que permite que subsistan durante largos siglos a veces una serie de anomalías. Pero siempre hay hombres que detrás de las posibilidades ya agotadas perciben otras nuevas ya que según su esencia el hombre es capaz de percibir las. Así por ejemplo, es falso afirmar que el arte occidental ha agotado todas sus posibilidades, por cuanto actualmente ha habido espíritus que lo han renovado, y eso sin que el arte occidental pierda su sello característico, aún a pesar de tener algunas afinidades puramente "morfológicas" con artes exóticas y antiguos. Por esto cuando una generación se periclitada surgen mentes juveniles (mode "jóvenes") que perciben nuevos rumbos, horizontes más lejanos, que logran colocarse a la altura del tiempo o por encima de él. A este último tipo pertenece Federico Nietzsche quien en su épo-

ca logró preveer una de posibilidades que solamente en la actualidad se están realizando. (3)

Este proceso por el cual una parte de la generación nueva, la cual, biológicamente, es sólo un producto de la anterior pasiva, se coloca por encima de su coetánea, se llama "rebalsamiento histórico", en el cual la nueva generación se coloca "idealiter" por encima de antecedentes que permanece sumida "realiter" en sus ideales agotados. Este proceso, digo por el cual la nueva generación se siente desvinculada de la precedente en la esfera de lo espiritual tiene causas muy numerosas y muy complejas las cuales actúan siempre conjuntamente sin que haya una de ellas que tenga más importancia que las otras y quien pretenda explicar un cambio de este tipo por una sola de esas causas no hace sino dar una explicación superficial y errada que solamente puede satisfacer a un vulgo iletrado y que no se interesa por el proceso histórico y que ignora su extrema complejidad. No puede aducirse este cambio tan sólo, por ejemplo, desde el punto de vista puramente intersicológico, esto es, pretextando que pertenece a la esencia de la "juventud" el ser rebelde y que la coincidencia de toda la juventud "en no ser algo antiguo" y ser, al mismo tiempo, "algo nuevo"; resulta esta explicación falsa por cuanto la mayor parte de esa juventud que renegaba de sus antepasados vuelve por fin hacia ellos tácitamente, y sin que tampoco se dé clara cuenta de ello (así un adolescente que ha vivido en su niñez en medio extremadamente religioso puede convertirse en virtud de este impulso de negación en un "irreligioso y ateo", pero pasada cierta edad volver a ser tan religioso y creyente como antes, aún más que antes); por esto el justificar el cambio de las generaciones por este sólo medio conduce al error y deja insolutos una serie de problemas. Tampoco puede justificarse de un modo metafísico como creen algunos filósofos de segundo orden con el anhelo de demostrar determinadas tesis de antropología filosófica o de ética aplicada a la historia, teniendo para hacer posible esto que deformar los hechos y dar interpretaciones aventuradas en demasía. Sin embargo el que la juventud se oponga en cierta manera a la vejez debe ser aceptado, ya que ello pertenece a una par-

te de la trama de este movimiento y (puede creerse que las ideas actuales sobre la juventud no sean en realidad sino una expresión del movimiento juvenil actual) pues tampoco dichos cambios proceden de la "rebelión" de algunas conciencias aisladas (por esto es rechazable la concepción individualista de la historia), las cuales permanecen, no obstante, adictas a los antiguos modos, como sucedió por ejemplo con los reformadores artísticos del prorrrenacimiento quien al mismo tiempo que preconizaban un cambio en la esfera de lo artístico-estético y en general de la vida, seguían adictos en el fondo a las prácticas ascéticas medievales y las seguían minuciosamente; o como también los filósofos del siglo XVIII que seguían fieles al "ancient regime" y gozaban de sus ventajas; y más cerca, los impresionistas, a pesar de sus ligeros cambios, en el realismo del siglo XIX seguían adictos a él, y en los filósofos que crearon a principios de este siglo el concepto de "cultura" lo hacían a la manera racionalista de los filósofos del siglo anterior; en realidad, ninguno de estos se ha puesto verdaderamente a su generación, sólo ha señalado nuevas normas que podrían aplicarse aún dentro del marco ya exhausto de las prácticas tradicionales, se oponían verdaderamente a un estado de cosas que preexistía artificialmente. También por esto mismo fué posible en el siglo XVIII lo que la historia tradicionalista ha llamado el "despotismo ilustrado", aquellas afición de los reyes por acoger en sus cortes a los propagadores de las "ideas nuevas" y estos no desdeñaban el recibir estos "honorés". Por otra parte ya había en aquel tiempo lo que se ha llamado una "preestructura". Se señaló más arriba que Luis XVI no habría convocado a los parlamentos de París que eran juntas de burgueses que en la Edad Media habían gozado de cierta autonomía — cosa parecida había ocurrido en otras naciones europeas —; el movimiento de la Fronza no fué sino una rebelión de los burgueses despojados de sus derechos por el absolutismo; en este proceso debe agregarse igualmente la progresiva descomposición de la nobleza por la intromisión de los burgueses que aprovechaban sus riquezas en comprar títulos y por el anhelo de la burguesía de ponerse al mismo nivel que los "señores", lo cual contri-

buyó a la gestación de estas ideas que no nacieron espontáneamente. Otro caso parecido es el de la revolución rusa, la cual aconteció por causas complejas; no fué una revolución "proletaria", ni "anti-burguesa", como afirman los partidarios del marxismo, ya que solamente tuvo que oponerse a una reducida aristocracia de terratenientes y de grandes funcionarios imperialistas y a una burguesía insignificante e informada que nunca hubiera llegado a constituir una clase; también porque la organización primitiva persistía, a pesar de los inscrustamientos europeos-izantes de Pedro I y de Catalina II — por esto también algunos de los czares quisieron volver a lo antiguo —; y nunca por la pésima situación del proletariado ruso como pretenden algunos de los voceros de la revolución, quienes en resumidas cuentas no hizo sino aceptar pasivamente la intromisión de los nuevos amos, que no fueron menos crueles que los anteriores, con esa pasividad tan característica al espíritu oriental que tiene el ruso.

De esta manera el proceso a que se refiere este inciso es más complejo de lo que pudiera creerse. En este caso las generaciones conviven en una ejemolar dualidad que no sienten sus extremos, que aún sigue siendo una unidad, por cuanto ambos tipos, el tradicional y el ideológico, no se sienten claramente desvinculados entre sí; se perciben nuevas posibilidades, sí; pero solamente dentro del marco de lo tradicional, no se cree que estas vayan a alterar lo establecido, sino después de una larga y lenta evolución que no afectará al total, sino que solucionará solamente algunos de los problemas del momento.

III. — Pero esta paradógica "unidad dentro de la dualidad" se rompe y salta en pedazos con el apareamiento de una nueva generación más fuertemente innovadora que se llama "generación activa". Las ideas expuestas por las mentes más avanzadas tienden a difundirse y son recogidas por otras mentes más activistas quienes las lanzan de nuevo, ya no como simples soluciones a problemas del momento, sino como armas de combate, las cargan de electricidad y así se crea una "preestructura ideológica inmediata" de todos estos movimientos que a veces suelen escindir la historia de la humanidad en épocas diferentes. Estas preestructuras como

también el agravamiento, o también el agotamiento, de la situación, o de las posibilidades, creada por la generación pasiva y que ésta no ha querido resolver — y sólo entonces empieza a obrar lo económico, y solamente dentro de la esfera de lo político - social, no de la científico-filosófico-artístico—; todo esto hace nacer una generación nueva, quien se posesiona de aquellas ideas y las enarbola como banderas de combate como “justificaciones” (así el surrealismo actual se basa en parte en las ideas de Freud sobre el sueño), y siente entonces su clara oposición con la generación anterior que aún persiste. Este conjunto dual, este sistema de fuerzas contrarias, desencadena luchas, la nueva generación se siente impulsada a plantarse vigorosamente ante la anterior y a exigirles una innovación a sus principios y tratar de implantar las nuevas formas culturales o sociales según sea el tipo de revolución de que se trata pues las revoluciones no deben ser solamente políticas o sociales, porque de lo contrario no pasan de ser unas simples tomas del poder por una clase, como entienden las revoluciones la historia tradicional y los marxistas, son unos simples golpes de Estado como la mayoría de las “revoluciones sociales” del siglo XIX.

De este modo aquellos elementos duales que vivían anteriormente conglomerados en unidad sienten poderosamente su dualismo interior y lo artificioso de dicha unidad en la dualidad y entonces comienza la lucha en la cual se recurre a todos los medios posibles. Así la juventud común, pues no solamente la selecta actúa, comienza por quebrantar las normas vitales de la generación anterior. Así los jóvenes del siglo XVIII se rebelan contra sus padres y contra las costumbres eróticas de los siglos anteriores y aparece el romanticismo, y la escena de la vida familiar se hace objeto de innumerables dramas del tipo de “El Sí de las Niñas” en que el padre trata de imponer el marido a su hija muy hermosa y joven, que es un grave caballero anciano que tiene muchas riquezas, que es muy piadoso, que tiene una moralidad acrisolada; y en cambio la joven aspira a un joven oficinista, lo cual no está de acuerdo con el ideal del padre; en entregar a su hija en manos de un empleado suyo; los argumentos varían según

los casos, habiendo muerte o éxito; pero en todo caso esta nueva manera de plantear el drama que antes no se daba, corresponde a un estado espiritual agresivo de toda la sociedad frente a las antiguas costumbres. Así también el “señorito satisfecho” de que se ha hablado antes, que permanece adicto a sus padres, pero que quiere siempre hacer lo que se le dé la “gana”, no hace sino rebelarse contra un estado de cosas ya agotado, contra una hiperintelectualizada disciplina del cuerpo y del espíritu creada por siglos de ascetismo y por el utilitarismo del siglo XIX que no es sino la forma más extremada del ascetismo del espíritu, esto es lo que se da en el proceso llamado “resublimación” (Cf. Max Scheler, “El porvenir del hombre”, Revista de Occidente, t. 17, páginas 152 y ss., en donde se plantea este aspecto revitalizador de la generación actual que él llama “resublimación”); todo esto representa en ambos casos una transmutación de los valores, en la preferencia entre los diversos valores lo cual constituye parte de la investigación de la ética actual. Pero el joven del siglo XVIII y principios del XIX luego combate en las barricadas y participa en los levantamientos formando partes de cualquiera de uno de los dos bandos; de esta manera nacen los románticos en toda Europa. De esta manera comienza la lucha entre las generaciones, proceso por el cual la mayor parte de las veces es vencida la generación tradicional, a pesar de que logre a veces algunas victorias que se refieren a aspectos particulares, o que después de algún tiempo logre imponerse de nuevo, como sucedió en el Egipto de Tutankmón. En todo caso los vencidos son siempre los filisteos que se sienten estremecidos de horror ante la idea que el sistema de cosas del cual ellos aprovechan llegue a transformarse. Este tipo de épocas, a aquellas en que transcurren estos procesos, son las que J. Ortega y Gasset llama “épocas beligerantes” (Cf. “El Tema de nuestro tiempo” (1). Cada representante de la nueva generación se planta ante la vejez a su manera, y cualquiera que sea su actitud, dése cuenta de ello o no, quíeralo o no, no es sino una manera de oposición. Es un profundo error creer que esta oposición solamente se hace por los llamados jóvenes de la élite; estos son los únicos que experimentan tan conscientemente dicha oposición y que saben a dónde

van; los otros también se oponen, y no lo saben; creen que “obran como todo el mundo”, y al decir “todo el mundo” se refiere a los otros jóvenes. Así el hecho de que en Francia algunos jóvenes nobles luchasen al lado de los suyos significa solamente que la juventud se había dado cuenta de su verdadero valor que había comenzado a ser alzado por el romanticismo. Así también, en la antigüedad, el poeta Theognis de Megara al fulminar los movimientos democráticos, la aparición de la tiranía y el derrocamiento de la oligarquía, no hace sino defender aquello mismo que impulsaba a los democratizantes: el individualismo griego el cual se hallaba basado en el orfismo que proclamaba el igual origen divino de todos los hombres.

Este proceso de reacción recíproca se ha producido muchas veces en la historia y en este sentido se puede explicar la evolución

histórica, y sólo mediante estos procesos es posible el avance del nivel histórico, y no solamente en el sentido del progreso, sino que también en el sentido de la declinación, como ocurre con las revoluciones culturales de la actualidad en las cuales se realizan las últimas posibilidades de una cultura ya envejecida. A veces se producen reacciones temporales, de una esfera solamente de la cultura. Tal es el caso de la Francia de Luis XVIII hasta 1870).

Cuando la generación nueva ha logrado sus ideales que cree absolutos, tiende a legarlos a otra, la que luego se convierte en pasiva, y toda la historia de este modo puede comprenderse como la sucesiva formación de estas tres etapas.

J. M. R.

10 de Mayo de 1936.